

EN TORNO A *Duermevela de amor*

MERINO REYES, el recio prosista de *Regazo Amargo* nos revela a través de su opúsculo recién publicado (Ed. Extremo Sur) la presencia de un temperamento de alto vuelo lírico que ya se anuncia en su anterior opúsculo *Aspera Brisa* (1952). *Duermevela de Amor*, su solo título es ya un acierto. *Duermevela*, tránsito entre el sueño profundo y la percepción de las realidades tangibles. Cauce propio en que el artista se sumerge en el oleaje sin fronteras en que confluyen los elementos oníricos de la fantasía y los de la realidad cotidiana.

Duermevela de Amor —como el sugerente nombre lo anuncia— constituye un conjunto de catorce cantos cuya tónica dominante es el tema eterno del amor. Arrobamiento de los sentidos o “manía divina” al decir de Platón. Merino Reyes se suma al nombre de los grandes poetas de habla española en que el tema eje de su poesía es la vida; y de la vida, lo esencial, el amor. En torno a este tema central el poeta va objetivando, con preocupación parnasiana, la marejada emocional de una tensa sensibilidad, constituyendo este sentimiento primario la raíz profunda de su poesía. El flujo y reflujo de las vivencias eróticas, el embate de los sentimientos mantienen al poeta en tensión emotiva de un “crescendo” o “accellerando” traducida fielmente en expresión poética. Diríase que intuimos o vislumbramos las cimas de su inspiración, de su conmoción tensa y profunda a través de su verso. A la descarga del sentimiento corresponde verbalmente la explosión en la intensidad expresiva. De la misma manera el “decrecendo” se observa en la placidez clásica de la forma. El concepto, la palabra se ajusta, en Merino Reyes, fielmente a las fluctuaciones de sus estados anímicos, incluso a los nimios matices diferenciales del sentimiento.

¿Y por qué no decirlo también? En Merino Reyes como en todos los poetas que cantan el amor, la preocupación de la muerte se insinúa o se perfila con nítidos contornos en su poesía. De ahí sus vivencias de angustia (IV. Soneto. *Temor morir*) y que se alternan con el asombro, el éxtasis del amor, los celos, la incertidumbre, el desconcierto, la mortificación, el sentimiento de autodestrucción frente a la amada:

“No quiero paz contigo, ni remanso, ni límites de plumas,
ansío destruirme en tus pálidos arrecifes,
como un oleaje sólo tuyo de llameantes fragores”

(p.10)

En general, dentro de la indiscutible musicalidad del verso de Merino Reyes encontramos la claridad de la expresión; pero hay instantes en que el poeta se nos torna esquivo, oscuro, inasible, a simple vista. Es necesario entonces calar más hondo y otear el mundo subyacente del artista: por un decantado lirismo, imágenes y metáforas —por lo común concretas en Merino Reyes— se tornan intangibles, y el poeta recurre a la perífrasis y al uso de expresiones símbolos. Pero superado este clima emocional, readopta de nuevo su habitual claridad expresiva.

(En torno a *Duermevela de Amor*).

“Por la suave cascada de tus pechos
descienden cautelosas mis caricias;
en las plumas insomnes de tu vientre
se abandonan mis sienas encendidas”. (p.12)

Abundan en su obra originales metáforas: “ni tu voz temblorosa en la fronda de mi amparo”, “quiero huir de tu regazo de arena”, etc. Mediante la perífrasis nos da la sutileza del pensamiento:

“Nadie logró vulnerar la tibieza de tus linos” (p.13)
“tu voz posada entre mis besos” (13) o en atisbos de celos:
“¿A quién amas, amor, cuando en pluma y relámpago
aceptas ser el cauce del delirio?” (16)

No faltan las sinestesias: “allá está el horizonte con sus arpegios de rosa” (16) o “el frío ulular del torrente” (8) o “con las rondas agudas de los pájaros” (15). Se vale de la antítesis para intensificar el matiz expresivo: “Yo te amaba estática en su isla de albos corales” (13); “se hunden la espuma y las tinieblas” (17). No descuida tampoco el poeta el uso de los epítetos raros: “plumas insomnes”, “inexorables antenas”, “yacente playa, espuma enardecida”, “trino fugitivo de las pardas sentencias”, “Ílticos túmulos”, etc. . . .

A la visión paradisíaca de sus vivencias de amor, se une la musicalidad de su verso que se adapta al estado anímico y se torna a veces en suave susurro:

“Llego vencido, amor, a tu vaga frontera,
agua rumorosa bruñida por la luna,

busco tu beso maternal, tu caricia,
el suspenso de mi fluir, tu viejo aroma".

(Poema *A tí, regreso*, p. 23)

En síntesis, en el artista la selección de elementos de la realidad y su cristalización en elementos poéticos no obedece a una ordenación lógica, porque el poeta —a diferencia del filósofo— carece de una visión racional o integral de la vida. ¿Cómo llega entonces a la gestación de la obra poética? Sin duda alguna el sentimiento, la intuición y la inspiración constituyen el eje del crear artístico. Cuando la tensión emocional del sentimiento llega a su expresión máxima estamos en presencia de ese filtro mágico que se llama la inspiración. Sin esta concurrencia de circunstancias el inmortal soneto de Quevedo: "Cerrar podrá mis ojos la postvera" —como afirma Amado Alonso— habría pasado inadvertido a las generaciones venideras.

Aplicado este criterio a Merino Reyes, poeta, podríamos afirmar que su poesía no está ayuna de estas circunstancias constitutivas del crear poético. Sentimiento, intuición, tensión emocional o inspiración están latentes en la contextura íntima de los poemas de este opúsculo que bien pudiéramos considerarlo como un breviario de amor.

CORA SANTANDREU



Para Subir al Cielo, por ENRIQUE LAFOURCADE
Editorial Zig-Zag. 1958.

HE AQUÍ UNA NOVELA con sentido didascálico, quien sabe si moralista. El tema, vertebrado en torno a una canción popular, glosa la posible ascensión a los altos cielos de la felicidad y de la vida por una escalera de muy diversos peldaños, según las condiciones, y de acuerdo con la cifra espiritual de los individuos que emprenden la subida por sus primeros tramos.

Hay en la obra un contrapunto de personajes y de ambientes sociales. No existe entre ellos un total antagonismo. Más bien, es posible su integración, su cordial amalgama, su fusión en pos de anhelos, cuya aureola recibe destellos de una misma luz. De ahí, el sentido ejemplar de la obra.

El personaje central, el protagonista, como dirían los griegos, es un hombre casi misterioso. Marino, navegante, aventurero. A lo largo de su función novelesca, deambula por los cerros de Valparaíso, frecuenta casas de vicio, conoce